



¡ALÉGRATE!, LLENA DE GRACIA, EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO

Domingo IV de Adviento

“Estas palabras se grabaron en mi corazón como si un dardo de fuego me hubiera penetrado y sentí una gran conmoción espiritual y corporal porque no entendía nada. Especialmente confuso me resultaba que me dijera ‘llena de gracia’. Fue Jesús, mucho más tarde, quien me explicó el significado”.

(Ella me abrió su corazón. Encuentros de la Virgen María con San Lucas, María del Carmen Izal Mariñoso, Editorial Claretiana, 2015).



LA PALABRA

2Sm 7, 1-5. 8b-12. 14a.-16 | Sal 88, 2-3. 4-5. 27. 29 | Rom 16, 25-27

Lc 1, 26-38

En el sexto mes, el Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: ¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo. Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin. María dijo al Ángel: ¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre? El Ángel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay

nada imposible para Dios. María dijo entonces: Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho. Y el Ángel se alejó.



Ese Dios-con-nosotros que esperamos, ya está con María... En esta obra, el Autor nos invita a profundizar y gustar cada palabra y cada frase del Avemaría, uno de los tesoros de nuestra espiritualidad, misterio de nuestro amor a la Madre de Jesús. “María fue una persona humana que sintió a Dios en la intimidad de su carne y de su vida. Por eso, el saludo con que los pueblos acostumbran a homenajearla, el Avemaría, es una oración que comienza en el cielo, pasa por la tierra, vuelve al cielo y resuena en el universo todo y en las profundidades de los corazones de aquellos que tienen la ventura de tener a la Virgen como madre”.

¡Ave, María!

“El saludo ‘¡Ave, María!’ del modo como la conocemos hoy, es el punto máximo de la proclamación del cielo que da origen a la historia de la salvación. Esto ocurrió seis meses después del anuncio a Zacarías, en el cual era notificado que su esposa Isabel iba a tener un hijo (ella, que era anciana y considerada estéril). Que el niño sería el precursor del Mesías, que recomendaría que los caminos fuesen rellenados para la llegada de Cristo. El ángel Gabriel va a Nazaret y saluda a una Virgen llamada Myriam (María): ¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo (Lc 1, 28).

El verbo ‘Alégrate’ es la traducción fiel del original *chaire, χαίρει*, derivado de *chara, χαρά*, alegría. *Chaire* es un saludo dirigido a alguien importante, con mucho mérito, muy agraciado. Posteriormente, ese saludo aparecerá como *ave* (del latín), *je vous salue* (francés), *eu te saludo* (portugués), *hail* (inglés), y así, en muchas lenguas. Era el saludo tributado a un alto dignatario. ¡Los romanos usaban el Ave César, para el emperador!

Algunos exegetas opinan que el *chaire/ave* no es, propiamente, un saludo. Es más una orden que invita a la alegría. La traducción correcta sería, entonces: ¡alégrate, María!

Más adelante veremos que el saludo del ángel contenido en el Evangelio es *Chaire, María, kecharitoméne*. Observando las dos palabras *chaire* y *ke-chari-toméne* y viendo que ambas tienen la misma raíz, parece que fuera una redundancia. En verdad, el saludo del ángel quiere significar un superlativo de virtudes: Agraciada, María. Todo apunta a un elogio del cielo de aquella que vive en la tierra.

(...) La expresión Alégrate, atribuida al ángel Gabriel, tiene su origen en el Antiguo Testamento, cuando el Señor dijo Alégrate, hija de Sión, refiriéndose a Jerusalén (cf. Zac 9, 9). Según san Bernardo, hay tres motivos para la alegría de María:

1. Encontraste gracia delante de Dios (Lc 1, 27); igual a la historia de Ester.
2. Porque el Señor está contigo (v. 28).
3. El Espíritu Santo descendería sobre ella, convirtiéndola en templo vivo de Dios.

Los antiguos judíos atribuían un notable valor religioso e histórico a *shekiná*, la tienda que Dios vino a armar entre los hombres (cf. Ez 37, 27s; Jl 1, 14). María es saludada, desde el principio del cristianismo como aquella persona que se convirtió en la tienda de Dios, como la autora de la presencia de Dios en el mundo. María, así como Jesús, es portadora del Espíritu Santo. En la visita que ella hace a Isabel, Juan el Bautista se estremece de alegría e Isabel profetiza. Jesús es obra del Espíritu porque nace de María. Ambos revelan al Espíritu Santo, dador de vida.

El hecho de creer, en cuanto significa tener fe, es renovador y gratificante. Los cristianos son felices cuando su fe muestra el rumbo y el sentido de sus vidas y da soluciones para las dudas, vacilaciones o desorientaciones. María es eternamente bienaventurada porque tuvo fe en su Dios y se entregó a la misión que el ángel le reveló. Nosotros también somos felices cuando, así como María, nos entregamos a la voluntad, mejor aún, a la misión que nos confía el Padre. Ahí también estamos en camino de la bienaventuranza, en el cual se contempla nítidamente el rostro de María. En la oración del Avemaría, las personas que tienen fe son llamadas a decir, como María, su sí al proyecto de Dios, delineado desde el principio para la salvación de los que creen. Fe y adhesión son caras de un mismo proceso, ya que ambos inciden para el misterio de salvación.

La anunciación a María inaugura lo que san Pablo llamaría *plenitud de los tiempos* (cf. Gál 4, 4), o sea, el cumplimiento de las antiguas promesas hechas a Israel desde el comienzo. En ese aspecto, ella está llamada a ser la ‘madre de Dios encarnado’, aquella que viene a llenar de gracias a la humanidad con la plenitud de la divinidad (cf. Col 2, 9).

(...) El hecho es que no debemos tener miedo de amar a María. Ella es la madre más grande que va delante de nosotros hacia el cielo. Nunca se oyó decir que alguien hubiese dejado de amar a Jesús por causa de María. Ningún creyente dejó de adorar a Dios Uno y Trino por causa de su veneración a la Virgen María. Por el contrario, María, que nos dio a Jesús, nos lleva hacia Él, al mismo tiempo que nos enseña a amarlo como ella lo amó. Es válida la expresión de la Iglesia que preconiza: A Jesús, por María”.

(*La oración del cielo y de la tierra. Ave María, un ejercicio de mística encarnada*,
Antônio Mesquita Galvão, Editorial Claretiana, 2008).



LA ORACIÓN

Los ojos de María, desde el comienzo, estuvieron fijos en su Hijo Jesucristo. A partir de esta mirada de mujer, madre y esposa, el Autor nos hace meditar, orar y contemplar cada momento de su vida, siguiendo las palabras del Evangelio.

Ante el ángel del anuncio

“María,
que miraste al Ángel con tanta fe y apertura,
enséñame a estar atento como tú
cuando el Señor me pida algo en la vida.
Te pido que estés a mi lado
cuando el Señor me confíe alguna misión,
para que no me distraiga con mis dudas y egoísmos,
para que tenga los ojos bien abiertos
y pueda comprender y aceptarla.
Ruega por mí
para que no me llene de temores,
para que tenga un corazón generoso para Dios
y quiera ser un servidor humilde y alegre como tú.
Amén”.

*(Bajo los ojos de María. Cómo nos mira la Madre,
Víctor Manuel Fernández, Editorial Claretiana, 2016).*



En María encontramos la referencia, el modelo para vivir en plenitud quienes somos: hijos amados de Dios Padre. El autor del siguiente texto nos invita a recorrer varios versículos bíblicos que se refieren a María y percibir lo mucho que ella es bendecida por Dios: “Mi intención es presentar a una mujer simple, de pueblo, que es proclamada bienaventurada por todas las generaciones, porque supo vivir intensamente la vida, gracias a su entrega incondicional a Dios”.

“Siempre que encontramos a una persona, le deseamos buen día, paz, felicidad, etcétera. El saludo debe ser verdadero para producir efecto. Cuando saludamos por simple hábito, corremos el riesgo de ser hipócritas. Tenemos que hacer un esfuerzo para realmente desear el bien al otro. La mejor forma es mirar a los ojos y sonreír.

El ángel saluda a María de la forma más bella y poética existente: ‘Ave’, que significa: ‘deseo ardientemente, con todas mis fuerzas, que seas feliz’.

Llena de gracia: el ángel reconoce que la gracia, la acción de Dios es plena en la vida de María. Ella es agraciada, vive sumergida en el corazón del Padre. No es simplemente un saludo, sino una constatación. María es la gracia personificada de Dios.

En la complementación al saludo, dice el ángel: ‘El Señor está contigo’, o sea, ‘Dios hizo morada en ti’. Antes que María acepte ser la Madre del Salvador, la Sagrada Escritura describe la relación eterna entre la joven y su Señor. Existe entre ellos un matrimonio, ya no son dos, sino una sola alma.

Somos bendecidos por Dios de la misma forma que lo fue María. Somos también invitados a ser vehículos de esa gracia transformadora. El bien que el Señor realiza en nosotros debe ser compartido. Crecemos en la gracia de Dios siempre que deseamos que nuestro ser contraiga ‘matrimonio’ con el Espíritu Santo.

Dios va actuando en nosotros en la medida en que le damos la llave de nuestra alma. Lleno de gracia es aquel que hace la experiencia de dejar a Cristo vivir en sí mismo. Es la espiritualidad de Pablo: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí* (Gál 2, 20). El Señor desea habitar en nosotros en plenitud. Desea ser con nosotros, vivir en el tabernáculo que somos. Tenemos la llama viva de su presencia en nuestra alma, sin embargo, Cristo solamente establecerá su morada en nosotros en la medida en que, con libertad, digamos en profunda y verdadera oración: *¡Ven Señor Jesús!*”.

(La imitación de María. El secreto de ser bendecidos por Dios, Luís Erlin, Editorial Claretiana, 2010).

SEMILLERO

Estamos llegando al final del Adviento y, en pocos días, celebramos la Navidad. Les compartimos un texto sobre el Nacimiento, desde la mirada de María, fragmento de la misma obra con la que hicimos oración. Que ella que camina con nosotros, reza con nosotros, sufre por nuestras necesidades y se alegra con nuestros logros. Que ella siga guiándonos hacia Jesús.

Al final, ofrecemos un video para compartir con los seres queridos en la mesa de Nochebuena así, sea que nos encontremos cerca o lejos, nos unamos en un mismo amor.

Ante Jesús niño

“Dice el Evangelio que María dio a luz a Jesús, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre (Lc 2, 7). Podemos imaginar su mirada a Jesús recién nacido, mientras lo envolvía en pañales. ¡Cuánta ternura!

Ella sabía bien que su hijo recién nacido no era un niño cualquiera, porque el Ángel se lo había explicado. Aunque era un niño pequeñito como todos, ella sabía que en ese niño había algo profundamente misterioso. En Él se cumplían las promesas que por cientos de años Dios había hecho a su pueblo. Ese niño era el Mesías que venía a salvar. Por eso, no solo lo miraba con la ternura de su corazón de Madre, que lo había esperado nueve meses, sino con la fe de su pueblo, que lo había esperado durante siglos. ¡Qué profunda mirada la de María!

Todo lo que fue ocurriendo en el pesebre, cada gemido del niño, cada movimiento, las visitas que recibía y todo lo que se decía de Él se iba guardando en el corazón de María como un tesoro, porque María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón (Lc 2, 19). Su mirada no era superficial, porque ella no se entretenía con lo que iba ocurriendo, sino que lo meditaba. Es decir, iba encontrando en cada detalle el mensaje de Dios, el sentido profundo de todo.

Eso ocurrió durante toda la vida de Jesús. Cada acontecimiento era contemplado y guardado por María en su corazón de Madre. Por eso, si queremos conocer más y más a Jesús tenemos que preguntarle a María. Si queremos comprender mejor todo lo que ocurrió en la vida de Jesús, nuestra mejor maestra es María.

Los apóstoles no pudieron ver a Jesús niño, solo lo conocieron cuando era adulto. Tampoco lo conocieron los redactores de los evangelios. La que conservó todos los detalles del nacimiento y de la infancia de Jesús fue María. Y, como toda madre llena de amor, ella no se perdía ningún detalle. Jesús que estuvo íntimamente unido a ella los nueve meses que se formó en su cuerpo, también nació y creció bajo la mirada de esa Madre llena de amor, ternura, paz y santidad.

Pero también la gestación, el nacimiento y la niñez de cada uno de nosotros, se desarrolló bajo la mirada afectuosa de María. Ella también guarda en su corazón todo lo que nos ha sucedido. Ha sufrido y se ha alegrado con nosotros. Por eso podemos pedirle a ella que nos ayude a sanar las heridas de nuestra historia con la luz de sus ojos. También podemos pedirle que nos ayude a entender muchas cosas que nosotros no hemos comprendido, porque ella ha meditado todo en su corazón materno”.

(Bajo los ojos de María. Cómo nos mira la Madre).